

*Llegada  
a  
Tikopia*

Amancio Jaime Leija / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

... cuatro, tres, dos, uno...

... las manos le sudaban inevitablemente. El corazón latía en todo su cuerpo a pesar de respirar acompasadamente, tal como lo había ensayado tanto en los entrenamientos. Las ideas se agolpaban en su cerebro; con vertiginosa rapidez lo bombardeaban, apenas cruzaban por su mente como saetas, como brillantes partículas de luz, a pesar de que las instrucciones eran precisas: concentrarse en una sola idea y respirar, respirar, uno, uno-dos, uno-dos...

(Silvia, los niños, quedarían abajo, muy abajo, cada vez más abajo con inaudita rapidez... En general esto es confortable. Ni siquiera puedo quejarme del calor. Temperatura y presión, rectificadas. Esto es una cueva, con la multitud de ojos de las carátulas registradoras guiñándome por doquier. Los ejercicios un día, dos, diez, ciento. Agotadores... Mi casa. Todo está asegurado, el futuro se afirma. ¿Por qué me acuerdo ahora de las cervezas del refrigerador? De aviador a cosmonauta. ¡Vaya salto! "El hombre conquistará el universo... ustedes serán los pioneros... ustedes serán los pioneros..." Uno, uno-dos, uno, uno-dos... ) Tres, dos, uno...

El enorme edificio azul y blanco de la nave tembló de pies a cabeza; en su insignificante nariz oscura había un cerebro que pensaba lograr lo tan ansiado siempre por los enamorados: recoger estrellas en el firmamento como si fueran flores de un campo primaveral, las primeras flores de la estación, las más hermosas por ser las más tiernas. El monstruo se contrajo como para tomar impulso sobre sus pies envueltos en fuego; como dudando ante su propia osadía. Una nube de humo ocultó su base, impidiendo ver la mano que lo lanzara hacia lo azul pretendiendo darle en la boca a la risueña luna.

Cerró los ojos y el mundo no era negro, era rojo, rojo en oleadas que golpeaban silvantes sus sienes. El ojo lloroso de la cámara televisora que tenía delante de sus narices lo observaba atentamente; le molestaba esta mirada sin parpadeo, que penetraba hasta el fondo de su cerebro. Todo tembló. "Cero", oyó la voz con un eco del fondo de túnel. Una repentina laxitud invadió su cuerpo, sus músculos. Su conciencia se tranquilizó y cumplió involuntariamente las instrucciones: no pensó en nada.

Sentía el roce de los guantes sobre la piel de los dedos. El traje se iba oprimiendo lentamente sobre su cuerpo. Los músculos de la cara, de sus muslos, de su pecho se untaban a sus huesos, buscando la seguridad de lo sólido. Su respiración, pausada...

—Todo OK, Águila III... Todo OK, Águila III, dijo la voz chillona del túnel. Tu circulación se normaliza. Respira tres veces profundo, reteniendo el aire. Todos felices, todos felices. ¡Hurra!

La presión disminuía.

Levantó su brazo plateado. Se reacomodó en el mullido asiento; palpó la computadora de mano, los controles, el tablero. Fue un impulso casi cariñoso.

—Aquí Águila III. Aquí Águila III. Me encuentro perfectamente. Saludos muchachos. Enfilen hacia el cielo. ¿Quieren algún souvenir? ¡Soy todo, soy todo!

Se sentía realmente bien. El "monstruo" se había portado admirablemente. "Sigue así, cariñito, sigue así", dijo dando unas palmadas sobre los controles. El hidrógeno y el alcohol, bien mezclados. La estructura, de las mejores aleaciones, de las más



consistentes y más ligeras, ni siquiera había rechinado; la fricción con la atmósfera no descascaró ni la pintura. Una canción brotó de puro gusto, de ganas de abrazar a la humanidad entera. "Oh sole mío, oh sole mío..."

—La separación del primer bloque en dos minutos treinta y cuatro segundos, insistía el eco. Revisa controles. Damos requerimientos para comprobar...

La pequeña escotilla transparente cambiaba de color. Amarillo, rojo, violeta, azul, negro, blanco. Giraba. Ocasionalmente un segmento de círculo azul-verdoso moteado de nubes. La madre tierra. No veía fronteras. El brillo de las partes pulidas de la cabina no molestaba. Afuera, la atmósfera había desaparecido. La vista penetraba la inmensidad fácilmente; el universo se poblaba de un número increíble de estrellas, de planetas, de veloces aerolitos, todos relucientes y chispeantes, como si los acabaran de lavar.

Cotejaba las indicaciones de la tierra con sus instrumentos. Hacía operaciones en su pequeña computadora en milésimas de segundos. Presión, oxígeno, temperatura, velocidad, posición relativa a las diferentes bases... Todo lo sabía al instante. Él era su nave y su nave era él, ¡la humanidad entera! El hombre hurgaba en el espacio: su medio ambiente natural ya le parecía estrecho. "¡El hombre, la medida de todas las cosas!" Pero, ¿cuál era su propia medida?

—Sesenta segundos para la separación. Todo OK.

No dejó de pensar en la acogida de héroe en la capital. La Gran Avenida. La muchedumbre emocionada agitando banderitas. Los imponentes edificios, negros y sucios como overoles de obrero, vomitando por sus cientos de risueñas bocas toneladas de papelillos multicolores. La entrevista con el presidente en el palacio de gobierno, con Silvia y los niños. Un enjambre de fotógrafos disparando sus flashes sin cesar. Los micrófonos esperando sus palabras para difundirlas por el mundo. Naturalmente que los deberes subsistirían: los interminables exámenes médicos apenas regresara, las informaciones ante grupos de científicos, los instructivos de respuestas a la prensa...

—Quince segundos para la separación; se inicia el conteo regresivo. Recordamos, la señal partirá de este centro. Tomarás el mando inmediatamente; te fijaremos la posición.

(Tengo confianza, aunque siempre antes de cualquier etapa importante del vuelo esta sequedad de boca. ¿Por qué hago esto? ¿Por Silvia y por mis hijos? Fue un acto para superar mi propia condición.) "...ción", acabó la frase como un latigazo.

—...do-ce..., ...on-ce..., ...di-ez..., retumbaba la voz.

(¿Fue un acto puramente egoísta? ¿Y mi familia, mi patria, mis amigos? ¡No, no, no! Ser un don-nadie. La multitud, la decadencia, la normalidad. ¿La nada? ¡Cuál nada! ¡Aquí estoy yo, y ahí está el mundo, mi mundo!)

—...sie-te..., ...se-is..., ...cin-co..., ...cua-tro... Caían como gotas, como gotas de miel.

(Mis amigos, mi pueblo, mi mundo. Actúa como él es. ¡Já, já, já! Hace el pobre lo que puede. ¡Ahora comprendo! ¡Yo hubiera podido ser todo! ¡Cualquiera podría ser todo! Todos son todo...)

—...t.r.e.s..., ...d.o.s..., ...u.n.o...

...todo... Al chispazo de la señal de la tierra, la nave se cimbró y empezó a dar tumbos luego de separarse las dos secciones. El recipiente humano cuneiforme giraba sin obedecer

eje alguno. Vibraba violentamente. La radio cesó. La naturaleza hacía recordar su santidad vulnerada.

Un sudor frío que no llegó a mojarle la piel le recorrió el cuerpo entero; era un soplo que nunca había sentido tan cercano, y que sin embargo había presentido muchas veces.

Pero sólo duró un momento. Intentó accionar la radio. La vibración había disminuido. La nave había encontrado un centro y giraba acompasadamente. Ante ese silencio profundo, oía con claridad la música de las esferas celestes.

—Águila III llamando a Centro I. Águila III llamando a Centro I.

La radio no funcionaba; nunca se había sentido tan acompañado de sí mismo.

Águila III llamando a Centro I. Responda Centro I... Águila III llamando a Centro I. Responda...

Los demás aparatos aparentemente funcionaban bien. Fijó su posición.

“Ante cualquier eventualidad que ponga en peligro el vuelo, hacer funcionar los contracohetes de descenso”, recordó.

Notablemente, su estado físico y emocional eran normales. Tuvo un ligero titubeo al accionar el mando. Funcionó. Empezó a perder velocidad, a bajar. Cotejó su posición al entrar en la atmósfera. Calculó que caería al este de Nueva Guinea. Si corría con fortuna, cerca de una isla, en el mar.

La fricción atmosférica sobre la cápsula era cada vez mayor. Semejaba un meteorito incandescente; por la ventanilla se veían llamas. Hizo funcionar los instrumentos para atenuar la caída. Sintió detenerse, bajar lentamente. Esta nave era una real maravilla. Luego, el choque en cámara lenta con la superficie oceánica.

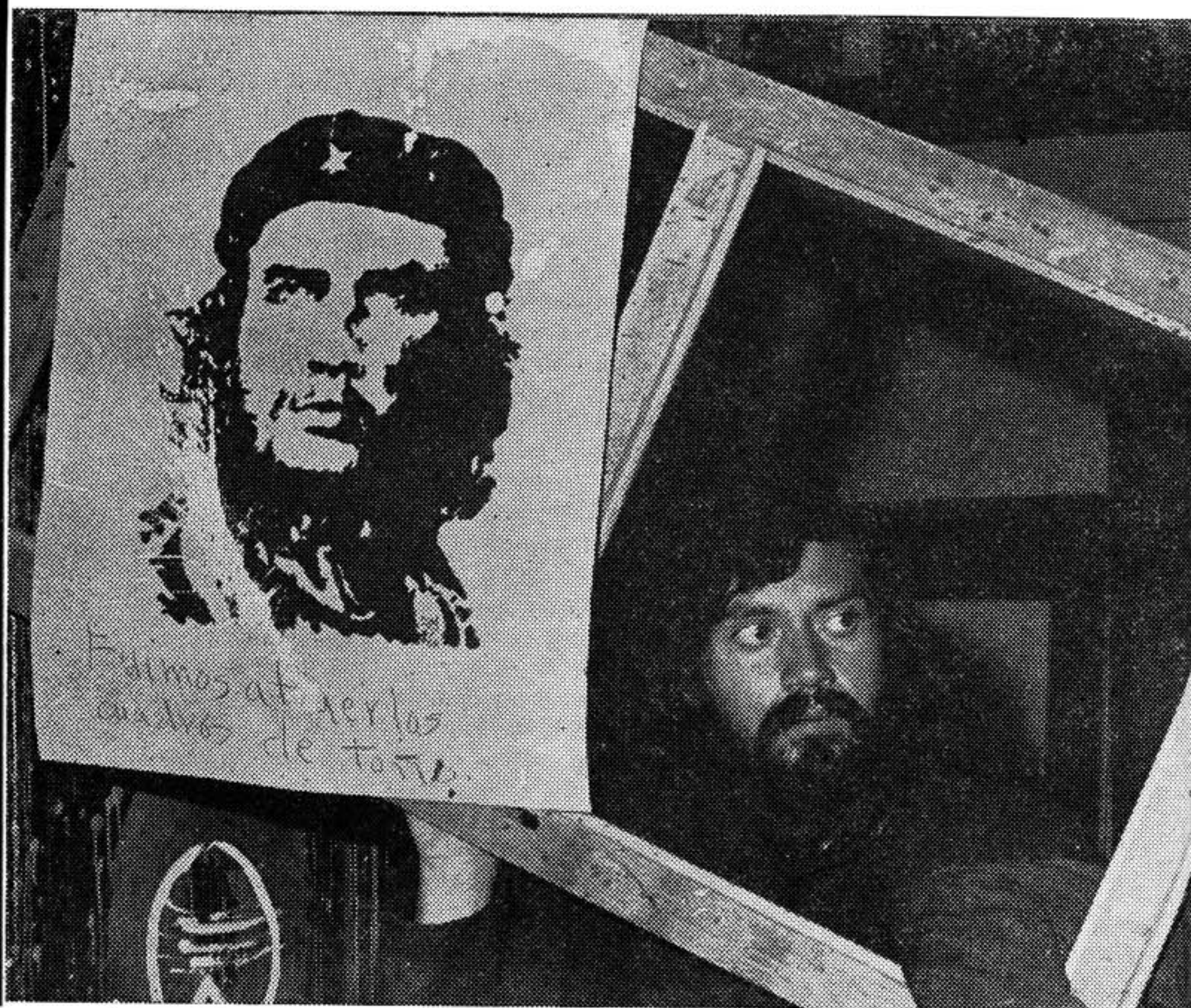
Se quitó la escafandra y aspiró profundamente, exhalando con un gran sentimiento de alivio.

Intentó abrir la escotilla, pero al hacer un esfuerzo sintió grandes náuseas y un vértigo provocó su desvanecimiento. No supo exactamente cuánto estuvo sin sentido. Aproximadamente una hora. La escotilla entreabierta dejaba entrar un calor sofocante. Se quitó su pesado traje plateado. Al abrir la pequeña puerta superior lo bañó la inclemente luz cenital de los trópicos. Sacó la cabeza fuera y ante su estupefacción se vio rodeado de canoas de aborígenes de la región, completamente desnudos y que le miraban asombrados. Algunos hombres traían un cuerno a guisa de púdico recato. Le saludaban con la mano, emitiendo pequeños gritos, mostrando en amplias sonrisas sus dientes amarillentos.

Ante estas muestras de amistad, salió totalmente de la cápsula y se sentó en el borde. Estaba cerca una playa, enmarcada en abundante vegetación. El mar era de un azul intenso, de tinta, que servía para resaltar los recios y oscuros cuerpos de los que le rodeaban.

Los saludó sonriente agitando la mano y un intenso rumor empezó a brotar de aquella multitud. Los más cercanos le hicieron señas de que bajara a su canoa, y algunos hasta se atrevieron a subir a la nave para ayudarle. Su piel relucía con el sudor y el agua de mar. Los huesos se les marcaban; no había ciertamente exceso de grasa en ninguno de ellos. Cientos de manos se agitaban, mostrando las contrastadas tonalidades del rosa y el ébano. Emprendieron el camino hacia la orilla. El calor produ-





cía vértigo y exageraba las tonalidades de la naturaleza. Los hombres remaban acompasadamente, para impulsar sus canoas de troncos huecos: uno, dos, tres... tres, dos, uno... ¿cero?

Hombres y mujeres caminaban a su lado sin dejar de mirarlo. Ellos mostraban sus caras flácidas y exhaustas. Observó que algunos portaban hachas rudimentarias de piedra. Generalmente tenían oídos y nariz horadados, atravesados por gruesas conchas y huesos labrados de manera caprichosa. Sonreía entre desconfiado e impulsado por la multitud.

El caserío estaba cerca. Era simplemente un grupo informe de chozas cubiertas de palma amarilla, enclavado en un claro de la jungla. Las chozas eran cuatro estacas cubiertas con la palma. La selva empezaba en pleno poblado. Una mujer joven amamantaba un pequeño cerdo, sentada en cuclillas. La atmósfera era espesa y llena de cálidos olores.

En el centro del poblado había una choza mayor, y hacia ella le condujeron. Era el templo. La gente lo invadía y aun ocupaba todo su derredor. Él sonreía tratando de explicarse aquello. En el interior adornaban los altos pilares que soportaban el techo, largas hileras de calaveras brillantes y pulimentadas, adornadas con extrañas figuras e inscripciones. Eran cazadores de cabezas. Sintió un escalofrío de presentimiento y al mismo tiempo un gran golpe en la base del cráneo.

Su cuerpo fue repartido entre todos y su calavera colocada en la base del último pilar.